

DOLORES GLORIOSOS DE MARÍA.

Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuae lactificaverunt animam meam.

A proporcion de los muchos dolores que atormentaron mi corazon, tus consuelos llenaron de alegría mi alma.

(PSALM. XCIII, 19.)

No comprendo, hermanos míos, porque se hace tanta fiesta en obsequio de una mujer afligida. En verdad, si contemplo los vivos colores de estos damascos, el fúlgido resplandor de los cirios, y la inusitada esplendidez de esta pompa, debo decir, que hoy es un día de júbilo; pero, si vuelvo las miradas á Aquella á la cual se dedica la presente solemnidad, viéndome delante de una mujer atravesada por siete espadas, debo añadir, que es una Dolorosa cuya memoria se celebra. ¿En qué consiste, pues, que los dolores sean motivo de alegría? ¿que las penas de una mujer afligida sean objeto de una fiesta?

Cesa la estrañeza cuando se considera, que la mujer afligida, cuya memoria celebramos hoy, es María, y que las almas devotas que la festejan con júbilo pertenecen á la familia cristiana. En efecto; si los crueles dolores que sufrió María en la tierra la elevaron á ser coronada en el Cielo, es natural que, recordándolos, se la celebre, puesto que el conocimiento de sus dolores nos lleva á la mente el de su gloria; y si los terribles dolores sufridos por María acá en el mundo, contribuyeron á la salvacion nuestra, es natural tambien que recordándolos, se la celebre, porque el conocimiento de sus dolores nos recuerda sus preciosos beneficios.

Así, pues, yo creo que al rededor de María se hallan reunidos los mártires y los ángeles, quienes la veneran y alaban de varias maneras. Veo á los mártires, que, bañados aún con la sangre que derramaron, la predicán afligida sobre toda ponderacion; veo asimismo á los ángeles, que tañendo sus cítaras de oro, la muestran glorificada cuanto puede serlo una pura criatura; los mártires la predicán afli-

gida por aquel mar de tormentos, que, rotas las barreras, se precipitó sobre su corazon; y los ángeles la presentan glorificada por aquel océano de gozos que la inundó en la pátria de los bienaventurados. Los mártires, contemplándola en el Calvario, me hablan de las penas que tan amargamente le inundaron el espíritu; los ángeles, viéndola en el Cielo, me hablan de los triunfos que la elevaron á tanta sublimidad. Por otra parte, más que todos los ángeles y que todos los mártires, habla María misma, y con las palabras de los salmos dice: Que á proporcion de los muchos dolores que atormentaron su corazon, celestiales consuelos llenaron de alegría á su alma: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo consolationes tuae lactificaverunt animam meam.* Con cuyas palabras, formando el asunto del presente discurso, tengo la completa confianza de que despues de referidas estas penas acerbísimas, y estos consuelos inefables, vosotros mismos concluireis conmigo, amados hermanos, que verdaderamente los dolores de María debieron ser y fueron glorificados. Saludémosla ántes con el arcángel: A. M.

El camino por el cual se puede llegar al Cielo es el de las tribulaciones. Todos los hombres que han sido aceptos á Dios han sufrido tribulaciones, y todos los que ahora gozan en la gloria, tuvieron que pisar un campo todo sembrado de tribulaciones y espinas. Así es, que David, hombre segun el corazon de Dios, era rey, y fué atribulado, puesto que vió rebelársele sus vasallos; era padre, y fué atribulado, pues su hijo fué el caudillo de los conjurados. Tambien Tobias, varon célebre en obras de piedad, el cual se quitaba el pan de la boca para darlo á los pobres, y robaba el tiempo al descanso de la noche para ir á sepultar los difuntos, fué atribulado con la ceguera, angustiado por la miseria, insultado y colmado de dictérios por su propia consorte (1). Del mismo modo el Bautista, el más esclarecido de los hombres (2), llamado Angel por Malaquías (3), y que mereció un singular elogio de Jesucristo (4), fué atribulado, pues, para saciar el cruel deseo de una seductora bailarina, cortóle Herodes la cabeza. ¿Acaso los Apóstoles, prodigio de saber y de piedad, no fueron perseguidos? ¿Y las vírgenes, que para conservar al divino Cordero sus inmaculadas azucenas renunciaron á los tronos y á los amores, no

(1) JOB. XII, 13.

(2) LUC. I, 15.

(3) MALACH. III, 1.

(4) LUC. VII, 28.

perecieron en las cárceles y en los tormentos? ¿Por ventura los confesores, que proclamaron en alta voz la religion del Crucificado, no murieron martirizados? ¿Y el mismo Jesucristo, para salir luego vencedor poderosísimo del pecado, de la muerte y del Infierno, no fué el hombre más afligido y colmado de tormentos? Antes de nacer, los Belemitas no quisieron recibirle en sus casas; y apenas nacido, la envidia de un rey intruso, celoso de su usurpada dignidad, le persigue ferozmente. Nace pobre en un establo, vive oculto en Egipto, crece humilde en un taller de carpintero; y cuando empieza á derramar sus gracias, los discípulos le abandonan, los Judíos le calumnian, los jueces le condenan y el pueblo pide su muerte.

Sentada esta doctrina, que resulta evidentísima de los sagrados libros, no hay dificultad alguna en comprender, que María debía ser glorificada en el Cielo; porque, si fueron glorificados en el Cielo los justos, que por amor de Dios vivieron atribulados en la tierra, María, cuya alma fué la más afligida de todas acá en la tierra, debió de ser eminentemente glorificada en el Cielo. ¿Qué términos podría emplear yo para decir, cuán violentos fueron los martirios de esta Madre en la acerba pasion de su Hijo? ¿Con qué frases podría yo expresar aquellas penas, que, superiores á toda pena humana, le traspasaron su alma con tanta amargura?

Los dolores de María la martirizaron por muchos años. Ella, que sintió atravesarle el espíritu la espada del dolor, desde el día en que concibió al Salvador de los hombres en su purísimas entrañas, la sintió mayormente cuando Dios le hizo saber de lábios de Simeon, que criaba á su Hijo para los oprobios de la pasion y para la muerte de cruz; de suerte, que mucho ántes de que llegase la hora del duelo, mucho ántes de que brillase la aurora del Calvario, empezaron sus aflicciones. Teniendo á Jesús á su lado por espacio de treinta años estrechándole entre sus brazos, apretándole en su pecho, sabía muy bien la tempestad que descargaría sobre su cabeza. Cuando le alimentaba con su leche virginal, pensaba que de aquella leche tenía que formarse la sangre que le harían derramar feroces verdugos. Si besaba aquella frente tan pura y resplandeciente, pensaba que aquella misma frente sería lacerada con agudísimas espinas. Si se recreaba en aquellos ojos, que parecían de cándida paloma, en las mejillas unguadas con singularísimos aromas, en los lábios que rebosaban suave bálsamo, en las manos llenas de tiernísimos jacintos, en el rostro bello como el florido Libano en tiempo de primavera, pensaba que aquellos mismos ojos serían oscurecidos, marchitadas aquellas

rosas de sus mejillas, secos aquellos lábios, enflaquecidas aquellas manos, y desfigurado aquel rostro.

Los dolores de María fueron acerbos.—En efecto; si fueron acerbos los dolores de Jesús, cuando se sujetó á la terrible pasion á que le condenaron, ¿cómo no habían de ser acerbos los dolores de María, que repercutía en el corazon todo lo más cruel y agudo de aquella pasion? Las espinas que atravesaban las sienes de Jesús, los clavos que le desgarraban las manos, las heridas que cubrían sus miembros, y la hiel que absorbían sus lábios, eran como nuevas espinas, nuevos clavos, nuevas heridas, nueva hiel para el afligido corazon de María. Aún más: Jesús no sufría los tormentos en una sola parte del cuerpo; cuando la cabeza sufría las espinas, no le hacía sufrir la hiel; cuando sus lábios eran martirizados por la hiel, no lo eran por las espinas, al paso que María sufría todos estos dolores en el corazon; en el corazon los cardenales, en el corazon las espinas, en el corazon todas las angustias de aquella amarguísima pasion.

Los dolores de María fueron imponderables.—En verdad, Ella, en el inmenso dolor en que se sintió abismada, no recibió consuelo alguno. Llegaban á sus oídos las blasfemias execrables de los verdugos, y no oía ni una sola palabra en defensa del inocente sentenciado. Veía cuanto inventára de bárbaro contra su Hijo crucificado la malicia humana; mas no descubrió ni un solo hombre que, de una ú otra manera, le ofreciese algun refrigerio. Contemplaba á su Hijo clavado en el madero de la infamia, estirarse y hacer contorsiones por la prolongada contraccion de todos los miembros; mas no vió venir ningun auxilio del Cielo ni de la tierra. Los discípulos se han ocultado, huido los Apóstoles, los ángeles lloran amargamente; y el mismo Padre celestial, hablando con Aquel que pende de la cruz cargado con todos los pecados de los hombres, le martiriza con el más opresor abandono. Ella misma, María, no puede estrecharlo un sola vez en su pecho, no puede murmurarle un acento de compasion, no puede dirigirle una palabra de amor, no puede sostener con la mano la cabeza inclinada; nada puede hacer, ni aún proporcionarle una gota de agua para humedecer sus sedientos lábios, ó para limpiarle la sangre que brota de sus innumerables heridas.

Considerando todas estas cosas, volviendo de nuevo al asunto, digo: Si Dios glorifica en el Cielo á los justos que por su amor fueron angustiados en la tierra, y si á proporcion de los tormentos corona sus sienes con más brillante diadema en los tabernáculos de la bienaventuranza, no puede haber la menor duda de que María, afligida

de esta suerte, debió un día verse coronada solemnemente en el Cielo. Brilló este día, y apareció esta aurora y... Pero ¿cómo podría yo, miserable mortal, fijar las miradas en la luz deslumbradora del faustísimo instante en que recibió el premio merecido el martirio de la Virgen de Nazareth? ¡Ah! creo que entonces el sol aparecería más radiante en el horizonte, se danzaría de júbilo en los Cielos, y se renovaría la belleza del Paraiso; que pasado el horror del invierno, Dios, volviéndose á María, y hablándole en medio de rasgada nube, la invitaría con la más dulce de las sonrisas, á salir del destierro para recibir la corona.

Y esta corona debía resplandecer tanto más gloriosísima en la frente de María, cuanto que se le daba por mano del amor y en premio del amor. En verdad, hermanos míos, no es la pena, es la causa que hace el mártir; y si los mártires fueron premiados por Dios, no fueron premiados por haber sufrido toda suerte de suplicios, sino porque se sometieron con ánimo generoso á padecer toda especie de tormentos para celar el honor de la divina gloria. Ellos amaban á Dios, y, amándole verdaderamente, ninguna clase de peligros, de obstáculos ni de rigores fué capaz de menguar su valor, ni abatir su ánimo. Ellos amaban á Dios, y, amándole santamente, se mantuvieron firmes mientras se abrían las cárceles y se afilaban las cuchillas contra los mismos. Amaban á Dios, y, amándole ardientemente, con la sonrisa en los labios se sometieron á los tormentos, á los azotes, á los ecúleos y á las cruces; por cuyo motivo el divino amor, que no puede ménos de premiar á los justos que le aman con amor verdadero, con amor santo y con amor ardiente, premió en el Cielo á los mártires, que le amaron verdadera, santa y ardientemente; y, por consiguiente el mismo amor que los hizo mártires en la tierra, los coronó en las celestiales esferas.

¿Y qué es lo que no sufrió María por este amor, que fué en Ella más ardiente que el de cualquiera otra alma amantísima, y la convirtió toda en llamas de perfecta y continua caridad? ¡Ah! con toda razon Ella es llamada mártir, y hasta Reina de los mártires, habiendo sufrido en lo íntimo de su corazon más que todos los mártires en los atroces suplicios á que les condenaba la feroz barbárie del paganismo.

Si los mártires, por someterse de buen grado á tantas penas por amor de Dios, recibieron la corona del justo y eterno Remunerador, ¿quién no ve que María, la más amorosa y la más afligida entre todo el ejército de los atribulados y de los amantes, debía ser coronada de un modo más solemne? Ella, que sobrepujó á todos los hombres

en el amor y en el martirio, debía sobrepujar á todos ellos en el triunfo y en la gloria. En efecto; era justo que Aquella, que, con el corazon traspasado por la espada de dolor, habia contemplado con los propios ojos á su Hijo clavado en la cruz, con el corazon mismo palpitante de júbilo y con los mismos ojos iluminados por luz divina, contemplase al mismo Hijo glorioso sentado á la diestra del Padre. Era justo que Aquella, que, durante el tiempo de la Pasion de Jesús estuvo próxima mil veces á espirar atravesada el alma por la más terrible de las espadas, subida al Cielo y sentada al lado del mismo Jesús, viviese enteramente una vida de inmortales bienaventuranzas. Era justo que Aquella, que habia sufrido infinitamente más que todos los confesores tendidos en los ecúleos, que los mártires en medio de las llamas, y que otra persona cualquiera en medio de los más espantosos tormentos, fuese premiada inmensamente más que los confesores, que los mártires, y que cualquiera otra persona admitida en la bienaventuranza de la inmortal Jerusalén.

Sin embargo, lo que hasta el presente hemos ponderado, no basta para formarnos una idea exacta de cuán grande debió de ser el premio de María, puesto que no hemos conocido aún cuanta fué la intensidad de los sufridos dolores, mediante los cuales debía ser elevada á este premio. En verdad, María era Madre de Dios, y por razon de la grandeza de tal maternidad debe deducirse la intensidad de sus penas; pues, así como en Jesucristo su divinidad concurrió, no para atenuar, sino para agravarle más la pasion, del mismo modo en María concurrió su divina maternidad, no para aliviarla en sus amarguras, sino para acrecentárselas. Esta maternidad la dió á conocer anticipadamente cuanto debía cumplirse en el Huerto, en el Pretorio y en el Calvario; la misma maternidad la dió á entender cuanta era la malicia de los pecados, causa principal de aquellas penas; la propia maternidad la privó de pronunciar una palabra en defensa de su Hijo Jesús, de extender una mano poderosa para socorrerle, y de moverse para asistirle bajo ningun respeto. Por consiguiente, los dolores de María deben medirse por la grandeza de su maternidad divina; y si estos dolores debían ser premiados, debían serlo á proporcion de la grandeza misma de la divina maternidad. Es así, que no puede imaginarse nada más grande, más noble, más sublime ni más augusto que la maternidad divina, luego, no cabe figurarse premio más grande, más noble, más sublime ni más augusto que el que recibió María por los dolores sufridos.

Esto sentado, hermanos míos, sin duda comprendereis ahora el

motivo de esta fiesta cuando se trata de la Virgen de los Dolores. Recordar sus dolores equivale á recordar el triunfo de la más afectuosa de las madres, la coronacion de la más grande entre todos los escogidos, la entrada de la Esposa amantísima en el Templo de su divino Esposo, la exaltacion de la Hija primogénita del Altísimo sobre todos los órdenes de los Espíritus bienaventurados, y la elevacion de la más excelente de todas las criaturas al lugar más eminente de la gloria. Pensar en sus dolores equivale á pensar en el galardón obtenido por los sufridos tormentos, en el pago recibido por los méritos adquiridos, en el premio concedido por sus pasadas amarguras, y en la corona que brilla en su frente por las virtudes que mostró tan valerosamente en la cumbre del Calvario. Fijar nuestra consideracion en todos los puntos de las agudas espadas que le atravesaron el alma en la Pasión, agonía y muerte de su Hijo, es fijarla igualmente en todos aquellos derechos por los cuales como Corredentora, habiendo participado del martirio, debía igualmente participar de los triunfos del Redentor.

Si es natural que se celebre la fiesta de la Virgen Dolorosa, porque sus dolores nos llaman á considerar sus glorias, lo es asimismo que se festeje, porque sus dolores nos llaman á la consideracion de sus beneficios. Y en efecto; se ve en la Pasión de Jesús cuanta fué la caridad de María para con nosotros. Ella quería nuestro bien, y por esto, con resignacion heróica, conformándose á la voluntad de la divina justicia, se unió al Hijo para sufrir las mismas penas, y con Él ofrecer el precio del mismo rescate. Ella quería nuestra salvacion, por cuyo motivo subió al monte deicida, se puso al pié de la cruz, y aunque náufraga en un mar de indecibles amarguras, se ofreció víctima al Padre celestial juntamente con el Hijo. Ella quería nuestra redencion, y, por consiguiente, si en la Encarnacion de Jesús, con sublime sacrificio, fué como el altar sobre el cual descendió el holocausto; y si en la Presentacion al Templo fué como el sacerdote que hizo su ofrecimiento; en la cumbre del Gólgota fué como el sacrificador que le inmoló en su corazón.

Cierto que María no fué causa primaria, principal y eficiente por sí misma de nuestra salvacion, como no fué causa primaria, principal y eficiente de nuestra redencion, puesto que ésta pertenece total y exclusivamente á Jesucristo; pero, ¿cuánta parte no tomó Ella en nuestro rescate y nuestra salvacion? Ella dió su consentimiento al estupendo milagro de la Encarnacion; y desde aquel instante empezó á ser para nosotros principio de gracia y de salvacion. Ella dió al

Verbo aquella carne y aquella sangre con que pudo pagar nuestra deuda; y desde entónces empezó á cooperar á nuestra redencion. Ella consintió en el sacrificio del Hijo; y desde aquel momento adquirió el título de Corredentora nuestra, puesto que ofreció un mismo holocausto juntamente con Jesús. Por María con Jesucristo tuvo lugar el más grande cambio que podía verificarse entre los hombres. Por María con Jesucristo el género humano renació á la propia dignidad. Por María empezó la espiritual regeneracion de las almas, aparecieron nuevos cielos y tierras nuevas trás una larga noche de tinieblas y de duelo.

Mas, hermanos míos, para que pudiese favorecernos con estos beneficios, ¿con cuántos martirios no fué traspasada, de cuántas maneras no tuvo que ser afligida? En el Calvario la descubrimos intrépida, silenciosa, inmóvil, no abandonada á la desesperacion del dolor, ni desvanecida por angustioso afán, ni abatida, aunque azotada por las olas de amarguísimos sufrimientos; y esto mismo debe ser para nosotros como un indicio de aquellos dolores que la torturaban sin permitirle la más leve queja. Permanecía inmóvil al paso que huían despavoridos los discípulos, se oscurecía el sol, se estremecía la tierra, y las mismas piedras se hacían pedazos á la vista de tan cruel suplicio; permanecía inmóvil porque como Madre del Redentor, era preciso que asistiese al sacrificio consumado por el Redentor, uniéndose con el corazón á la misma Pasión; y sufriendo en el corazón los mismos padecimientos, permanecía intrépida mientras que su amantísimo Hijo, clavado sobre un madero, ensangrentado por las innumerables heridas, abandonado del Cielo y de la tierra, derramando copiosamente su sangre, moría; Ella, empero, se mantenía intrépida, porque sabía que con aquella sangre y con aquella muerte debía cumplirse nuestra redencion; y magnánima Bienhechora, consintió con generoso holocausto las penas del Hijo y las suyas propias para nuestra eterna felicidad.

Por estas razones tenemos todos la obligacion de celebrar, con sentimientos de piadoso, devoto y fervoroso agradecimiento, la fiesta de aquellos dolores, que, sufridos por María, nos colmaron de tantos beneficios. En el Calvario nosotros nacimos hijos de la Virgen, é hijos tanto más queridos, cuanto que fuimos engendrados con estremecimientos de dolores sin medida y sin límites. Nos amó de tal suerte en el Calvario la augusta Madre, que por nuestro amor condescendió á la muerte de Jesús. En el Calvario nosotros, que éramos plantas estériles y marchitas, por los martirios que sufrió el Hombre de dolores;

y las angustias de la Reina de los mártires, pudimos germinar y florecer. ¡Ah! yo siento resonar en mi alma los himnos de los Profetas, cuando á la consideracion de nuestra dicha invitaban á saltar de gozo á las verdes colinas de Engaddi, y llamaban para entonar himnos de júbilo á la misma soledad y al desierto. Yo quiero tambien repetir aquellas palabras, y arrobado en éxtasis de felicidad y júbilo, quiero aclamar á Aquella, que habiendo recibido en premio de sus dolores la gloria del Libano, la belleza del Carmelo y la hermosura del Saron, exclama: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.*

Perdonad, hermanos míos, si en el día de los dolores de María, he dado lugar á expansiones de alegría, pues lo he hecho porque aquellos dolores fueron la causa de nuestro bien. ¿Qué sería de nosotros, si no correspondiésemos dignamente á una Madre que tanto nos ama y sufrió tanto por nuestro amor? ¡Ay! avergoncémonos de nuestra dureza, de nuestra ingratitud, y arrepintámonos de aquellas culpas, con las cuales, ofendiendo á Jesús, acrecentamos su inmenso dolor. Ofrezcámonos á Ella con firme propósito de amarla, de seguirla en sus padecimientos, de imitarla en sus virtudes, de no olvidar jamás sus gracias, para que contemplándola en los sufridos dolores al pié de la cruz, en los beneficios y en las misericordias que nos adquirió con tantos dolores, nos sea otorgado obrar nuestra santificacion en esta vida, y luego verla allá en los Cielos inmensamente glorificada sobre todos los Angeles y Santos.

TRÁNSITO Ó MUERTE DE MARÍA SANTÍSIMA.

*Requiem tibi dabit Dominus semper,
et implebit splendoribus animam tuam.*
El Señor te dará un perpétuo reposo, y
llenará tu alma de resplandores.
(ISAÍ. LVIII, 11.)

¿Con qué al fin, hermanos míos, murió ya nuestra amantísima Madre? ¿Con qué la muerte cortó el hilo precioso de aquella vida que era la delicia de la tierra? ¿Ya se eclipsaron aquellos ojos hermosos que prestaban luz y resplandor á las estrellas del firmamento? ¿Ya se cerraron en perpétuo silencio aquellos rosados labios que destilaban mirra purísima? ¿Ya enmudeció aquella boca graciosa que nunca pronunció sinó palabras de dulzura? Aquellas manos torneadas, aquellos piés de marfil y de alabastro, aquel cuerpo sagrario del Verbo eterno y seno castísimo de un Dios hombre, ¿han venido á parar en un sepulcro? ¿Con qué demostraciones de dolor expresaré mis sentimientos? ¡Oh tierra, oh prados, oh montes! vestíos de luto y de tristeza, pues que habeis perdido la mejor planta, la flor más bella, el árbol más florido, la oliva más espaciosa, el cedro incorruptible del Libano, la palma elevada de Cadés, el ciprés frondoso de Sion, la rosa fragante de Jericó, la azucena de los campos y el lirio de los valles.

Pero, ¿qué digo yo, hermanos míos? ¿Qué impulso ha movido mi lengua á pronunciar tristezas, á persuadir amarguras y llantos, á convocar á dolor todas las criaturas en un día que respira júbilo por todas partes? ¿Hemos de celebrar con negras bayetas y funesto ciprés uno de los días más festivos, más alegres, más plausibles, más augustos que conocieron los siglos? Nada ménos. La muerte de María no es motivo de luto y sentimiento, ni debe alterar el gozo á que nos convida la Iglesia. La muerte de María fué preciosísima y tan singular como su dignidad de Madre de Dios, que excede á todas las